

CUENTO N° 100

TÍTULO: DON GRUÑÓN, DON VIUDO Y DOÑA DULZURA

SEUDÓNIMO: JOAQUÍN LOYOLA

AUTOR: GUSTAVO ADOLFO GONZÁLEZ RODRÍGUEZ

DON GRUÑÓN, DON VIUDO Y DOÑA DULZURA

Por Joaquín Loyola

No sé si lo voy a contar como sucedió, o más bien como lo recuerdo. La memoria es corta y la fantasía larga, sobre todo cuando han transcurrido más de sesenta años y también porque esta historia va ganando flecos por un lado y deshilachándose por el otro, a fuerza de pensar y repensar. De cualquier modo, a mí me cambió la vida y creo que a casi todos en el barrio les pasó lo mismo.

Parto por el principio. En mi casa éramos muy pobres. Habitábamos la vivienda más vieja y derruida de la manzana y mi padre, cojo de la pierna derecha, se ganaba la vida como zapatero remendón, con el tallercito instalado junto a la ventana, en una pieza que daba a la calle y que servía igualmente de comedor . Mi madre lavaba y planchaba ropa ajena.

Yo era lo que se dice hoy día un busquilla, empujado por el ingenio asociado a la pobreza. Me iba junto al Pajarito, mi mejor amigo, y otros cabros los miércoles y domingos a la feria libre para ayudar a las señoras a cargar sus pesadas bolsas de verduras a cambio de una propina, que la mayoría de las veces era escasa, pero servía para comprar bolitas de cristal o caramelos e incluso llevar algunos pesos a la casa si la cosecha era fructífera. No satisfecho con eso, me agencié algunas tablas y armé un lustrín, conseguí escobillas, betún y tintas para convertirme en lustrabotas. Mi centro de operaciones fue la plaza, donde me instalaba en las tardes después de la escuela y los sábados. No faltaban los jubilados, los caballeros de paso ni los jóvenes aspirantes a galanes que me pagaban por lustrar y dejar brillantes sus zapatos.

A dos cuadras de la plaza y en nuestra misma manzana estaba la gran tienda de abarrotes y verduras. Le decíamos “el Almacén don Gruñón”, por su dueño, un señor cuarentón, fornido, con tendencia a la gordura, que desde la caja vigilaba el establecimiento e infaltablemente nos trataba con desconfianza apenas entrábamos a hacer compras. “¡Cuidado, pelusones, los estoy viendo, no pellizquen la uva!”, “¡No metan las manos en las cerezas!”, nos gritaba.

La contracara de don Gruñón era su esposa: doña Dulzura. Unos diez años menor que él, de un porte elegante aunque con un aire permanente de tristeza que no le impedía tratar con extrema amabilidad a los clientes, incluidos nosotros, los patipelaos. Atendía el negocio junto a dos dependientes y estaba a cargo también del teléfono instalado en una punta del mostrador, uno de los pocos aparatos existentes en la vecindad.

Forman parte igualmente de esta historia don Viudo y su hija. A ella, de nuestra misma edad, la llamamos Futuro Esplendor por su belleza infantil, en un homenaje a la Canción Nacional. Llegaron al barrio a comienzos de marzo, comprando una de las mejores casas. La Vieja Copuchenta, otro personaje de esta trama, averiguó rápidamente que él era un próspero importador de repuestos para maquinaria agrícola y que hacía dos años había perdido a su esposa por culpa de un cáncer fulminante. Andaba siempre impecable: vestía ternos cruzados, camisas blancas con colleras doradas y corbatas de seda.

Pese a que contrataron una empleada doméstica (como se les decía entonces a las asesoras del hogar), don Viudo se encargaba personalmente de hacer las compras donde don Gruñón. Un sábado que yo callejeaba me llamó para que le ayudara a cargar una bolsa con papas hasta su casa. Me dio un billete

de cien pesos. “Te lo mereces, niño”, me dijo ante mi cara de asombro. Manipulé a mi buena suerte y me las ingenié para rondar el almacén cuando él iba de compras y ganar buenas monedas en otras tres ocasiones.

Un día que entré al negocio, confundido entre la gente que esperaba ser atendida, don Gruñón abandonó precipitadamente la caja y me tironeó de una oreja, acusándome de querer robar una manzana. Don Viudo intervino a mi favor. “Este niño no ha robado nada”, le dijo educadamente al almacenero. “Usted, señor, no sabe cómo son estos palomillas”, fue su respuesta un tanto cohibida, mientras la Vieja Copuchenta intervenía en el incidente: “Sí, pues, esta es la única forma de enderezar a estos cabros malcriados”. Doña Dulzura, en cambio, reaccionó con una mirada de lástima para mí y un fugaz gesto de reprobación hacia don Gruñón. Creo que también le dedicó una brevísima sonrisa a don Viudo, que tal vez nadie advirtió o que quizás la estoy imaginando en mis recuerdos.

Al iniciarse las clases a mediados de marzo, Futuro Esplendor fue matriculada en nuestra escuela y, para mayor bendición, destinada a mi curso. No me atrevía a buscarle conversación en los recreos, hasta que un día se acercó a mí y me invitó a compartir su sándwich de colación, gesto que agradecí en el alma, pues el hambre seguía siendo cosa viva en casa.

El Librero es otro protagonista de esta historia, ya sabrán por qué. Era un español de edad que tenía una tienda atestada de material de lectura, la mayoría de segunda mano, con quien don Viudo entabló amistad. Cuando lo acompañaba ayudándolo a cargar bolsas de compras, solía detenerse a charlar con él para revisar sus ofertas o encargarle libros. Me regalaba siempre algún ejemplar de *El Peneca* o el *Okey*.

Una vez Futuro Esplendor me abordó a la salida de clases y me dio el recado de que su padre estaría esa tarde en la plaza y quería que le lustrara sus zapatos. Cumplida la labor y antes de pagarme la lustrada, don Viudo me pidió que lo acompañara hasta la cabina de un teléfono público. Me dijo que me daría una buena propina si le hacía un favor. “Voy a marcar un número y te paso a ti el teléfono. Si responde una voz de hombre, tú dirás «disculpe, equivocado» y cuelgas. En cambio, si contesta una voz de mujer me pasas de inmediato la llamada”.

La voz que respondió fue de mujer y don Viudo entonces comenzó a entablar una extraña conversación sobre una posible venta de máquinas desgranadoras de choclos, mientras me ordenaba con un amable gesto que me alejara, lo cual me impidió escuchar más detalles. Repetimos la misma operación varias veces y, dentro de lo que yo alcanzaba a oír, cada vez don Viudo cambiaba la oferta de inicio de la conversación, de la desgranadora de choclos a pernos para rastras de arado y de ahí a enfardadoras y otras cuestiones por el estilo. Solamente una vez respondió una voz de hombre al teléfono.

Lo sospeché desde el comienzo, aunque guardé discreta reserva. La voz de mujer que atendía el teléfono era de doña Dulzura y no me cupo duda cuando desde el otro lado de la línea escuché el inconfundible y agresivo vozarrón de don Gruñón, en la única oportunidad en que dije “disculpe, equivocado”.

Fui una especie de mensajero del amor y también artífice de una tragedia. Ambos papeles de manera involuntaria, por cierto. Lo entendí a medias en esa época y he terminado de convencerme con los años cada vez que repaso esta

historia que, como ya les dije, me cambió la vida y dejó estremecido al barrio por largo tiempo.

Estábamos jugando una pichanga en plena calle con la pelota de trapo cuando estalló el alboroto. Primero se escucharon varios balazos y después gritos destemplados de gente que corría hacia el local de don Librero. Al rato alguien fue a avisar a la comisaría que estaba a unas diez cuadras. Primero llegaron dos carabineros de a pie y luego un radiopatrulla de esos mitad blanco y mitad negro. Vimos entonces como se llevaban esposado a don Gruñón, que tenía la mirada perdida y manchas de sangre en la pechera de su delantal de almacenero.

Una media hora después hizo su arribo una ambulancia que se llevó los dos cuerpos. Primero pasó ante la multitud de curiosas y curiosos el cadáver de don Viudo, tapado improvisadamente por una frazada que se descorrió dejando al descubierto su rostro, con los ojos muy abiertos y una expresión de espanto. Fue la primera vez que vi un muerto. Detrás de él cargaron un cuerpo más pequeño, envuelto cuidadosamente, que correspondía a doña Dulzura.

Fue la Vieja Copuchenta la que se encargó de narrar a quien quisiera escucharla los detalles del doble homicidio. Ante las cortinas metálicas bajadas del almacén reunió a un coro de vecinas para hacer ostentación de sus conocimientos, dignos del más avezado reportero policial. Con el Pajarito nos confundimos entre las señoras y pusimos en alerta nuestros oídos.

—Sí pues, vecinas, se juntaban como dos tortolitos en una pieza que les prestaba el español de los libros. Primero llegaba él y después era ella la que entraba discretamente. Vaya a saber Dios cómo se las arreglaban para darse cita sin que el marido cornudo se enterara. Pero no hay engaño que sea eterno, hasta

que alguien supo de este escándalo y fue con el soplo al almacenero, que ni corto ni perezoso se hizo de un revólver y lavó su honor. Quizás cuántos años le darán al pobre y el librero también tendrá su pena como cómplice del adulterio.

A esta altura de su relato, la Vieja Copuchenta reparó en nuestra presencia.

—¿Y ustedes que hacen aquí, chiquillos de moledera, metidos en conversaciones de gente grande? ¡Se van inmediatamente!— Y no solo nos gritó, sino que intentó darnos coscachos. Emprendimos la huida y después de correr unos diez metros, me detuve y le grité con toda mi fuerza y toda mi alma:

—¡Vieja Copuchenta, muérete la lengua y muérete envenenada!

Ella fue después hasta mi casa a acusarme y me llevé unos buenos azotes de mis padres por insolente.

El crimen pasional fue portada de la prensa amarilla y nuestro barrio estuvo en el centro de la crónica roja por tres días. Los diarios afortunadamente no hablaron de Futuro Esplendor. El mismo día de la tragedia llegaron hasta su casa dos tías en un elegante automóvil y se la llevaron para siempre de la vecindad.

Varios años después, ocho o tal vez diez, caminando por una calle céntrica, me crucé con ella. Era ya un Esplendor total, con un aire trágico que arrastraba desde siempre y la hacía más bella. Nuestras miradas se encontraron un segundo y yo bajé la vista con timidez mientras ella desviaba sus ojos a un costado como atraída por un invisible detalle. Y cada uno siguió su camino. Claro que esto último no sé si ocurrió o si es también parte de mis fantasiosos recuerdos.